

NÚMERO CORRIENTE 25 CENTIMOS { PERIÓDICO HUMORÍSTICO } NÚMERO ATRASADO 50 CENTIMOS

DENTRO DE LA LOCALIDAD
Suscripción: 11 pesetas trimestre.

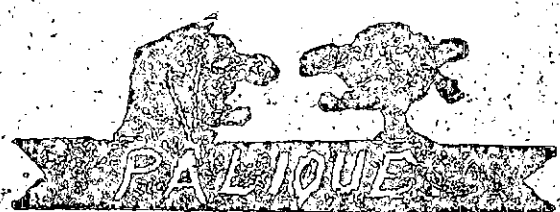
Oficinas: Pelao, 1, subterráneo.

FUERA DE LA LOCALIDAD
Suscripción: 11 pesetas trimestre.

PROGRAMA.—La misión de este periódico es burlarse hasta de su sombra, censurando todo lo censurable, todo lo arbitrario, todo lo ridículo ó de lo superfluo, todo lo injusto, todo lo irrazonable. No reconocerá otro partido político que el del «común interés», ni mas dependencia que la del público. Respetará todos los principios y todos los procedimientos, con tal que unos y otros conduzcan á una administración equitativa, al respeto de la moralidad y al cumplimiento de la justicia. No alabará nunca lo bueno, porque lo bueno ello se alaba. No admite «bombos», ni reclamos, ni subvenciones, ni consejos, ni favores de ninguna especie. Dirá en toda ocasión lo que tenga por conveniente, y responderá de lo que diga en todos los tiempos.

PERSONAL DE REDACCIÓN.—Fausto y Mefistófeles.—Director: Mefistófeles ó Fausto.—Administrador: el director.—Gerente: el administrador.—Pega-fajas: el gerente.—Secretario de Redacción: el pega-fajas.—Censor: el sereno del barrio.
Corresponsales telegráficos en Chicago, Toukin y Filadelfia.
Nota.—Se admiten suscripciones en todos los países del globo terráqueo, menos en la Gran Bretaña. No queremos *ingleses*. En la China y el Japon fijan el precio los corresponsales.

ALUMBRAR LOS CREYENTES Y MENGUANTES DE LA LUNA.



—Buenas noches, mister.
—Muy buenas las tenga V. señor Fausto.
—¿Se ha venido de feria?
—¡Pues! A falta de teatro y de otras espectáculos, hay que dedicarse á darles la *lata*, como dicen ustedes por aquí, á los señores feriantes.
—Bien, y qué, que tal, ¿le agrada esto?
—¡Phsit! Una feria bonita, es decir, de *quincalla*.
—Bonita sí, pero de escasos beneficios para la población.
—Pues siendo así, el señor municipio debiera modificarla ó suprimirla.
—Allá se las avenga. Nosotros vamos á dar por aquí unos paseitos y á divertirnos como cada *quisque*, pasando revista á las tiendas. Digo, si á usted le place, mister.
—¡Oh, con mucho gusto.
—Empezaremos por la más con-

currada, es decir, por la de *areal y medio*. Acérquese usted, mister, aquí á este rincón. Vé usted esa colección de muñecos? Pues á eso le llaman sección de *fantoques*.
—¡Magnífico!
—Mire usted: los hay de todos gustos y colores: ministros, diputados, caciques de campanario, concejales calabacescos, políticos de pega, etc., etc. Y lo más sensible es que el comerciante tendrá que embalarlos otra vez y trasponer con todos ellos á otra parte. Aquí no hay quien dé por ninguno de esos muñecos más de una perra chica.
—Es extraño.
—Pues no debe extrañarle á usted, señor mister, que nadie se apresure á comprar esos *saltimbanquis* en un pueblo en que tanto abunda el género.
—¡Yés!.. Y dígame, qué representa aquel muñeco de las megillas apergaminadas, que parece derrama lágrimas tamañas como ciruelas del país.
—Aquel es un semi-conservador de los *natos*. Desde que se convenció de que los fusionistas de

este distrito se consolidaban en su poltrona, sin que la florentina táctica del Gobierno penetrase en sus municipios, empezó á padecer una serie de *supitipandos* que le traen un tanto maltrecho y encanecido. El pobrecito, ya lo ve usted, pertenece á la especie de los *resignados* y se consuela con llorar.
—¡Qué lástima!.. ¿Y aquel otro del anteojo grande?
—¡Ah, ese es un vividor del género de los *anfibus*, que se pasa la vida detrás de un telescopio mirando hacia el horizonte político. Vea V. como tiene las manos cruzadas y en actitud espectante, dispuesto á estenderlas hácia Oriente ú Occidente segun soplen los vientos en las altas regiones oficiales.
—¡Oh!.. Y dígame ¿qué denotan aquellos dos de la izquierda que se propinan *trompis yonis*?
—Son dos fusionistas *bipedos* y sempiternos [rivales por *mor* del turrón municipal. En cuanto vaca algun cargo lucrativo, ya los tiene V. cogidos de la greña y ladrándose como canes hidrófobos.
—¡Oh, todo eso ser muy lindo, amigo D. Fausto. ¡Y podrá decir-

me algo de aquél otro que usa la vestimenta de jockey?

—Ah, señor mister!... Ese es un político de pega, un equilibrista implume, de la especie de los *trains fugas*. Hace algunos años era republicano de los del petróleo y vestía de color rojo y gorro frigio. Después se hizo conservador y varió de traje. Hoy, ya le ve usted, viste de amarillo que es color de la fusión.

—¿Y ese de la nariz larga, que tiene la boca desmesuradamente abierta y los ojos en blanco?

—Oh, ese es un elector neutro del orden de los *chupópteros*, y actual admirador del *de Zafra*, pero tan desgraciado que desde el día del *mito* padece unos ataques espasmódicos de cuyas consecuencias ha quedado en esa situación espeluznante y lastimosa.

—Desgraciado! Digame, ¿aquel último de la derecha, de actitud amenazante que blande una enorme cuchara, quién es?

—Ese era otro de los de la *panza*, y pertenece a la *fracción* unionista. Esa cuchara que V. dice, es la que tenía preparada el día primero de Julio; pero en cuanto supo el chasco de las *dos credenciales*, tomó el pobrecito esa actitud en que V. le ve. De vez en cuando suele tirar la cuchara, aprieta los dientes, se oprime la boca del estómago y se da tremendos puñetazos en la nuca para calmar los nervios.

—¿Y no haber más *fantoches*?

—Algunos más hay, mister; pero el comerciante los tiene escondidos por miedo de que se *sonrojen* y se les caiga el *barbit* de la cara al recibir las miradas del público.

—¿Yés!... ¡yés!... Mi haber pasado un rato muy divertido, amigo D. Fausto. Ya procurar mi trasladar esos informes tan curiosos a mi cartera para hacer uso de ellos en las ocasiones. Conque, abur y hasta otro rato.

—Hasta otro rato, mister.

Melstófelec.

UN PERIODISTA

(De nuestra colaboración.)

Yo le había oído hablar muchas veces en el café donde concurre el diario; el hombre tomaba asiento, no en nuestra mesa, en la inmediata y hubo de pa-

recerme, ateniéndome á los juicios, ideas y frases que emitía en el trayecto de sus oraciones un mentecato de mucha vanidad y poca instrucción, con muy mala lengua y peor sintaxis, uno de tantos ó de tontos como andan por ahí para vergüenza de la especie y martirio del género humano.

¿Quién es ese mozo que habla tan alto y tan mal? pregunté una noche á cierto tertulio que no hablaba nunca por modestia y por disimular su tartamudez.

—¿Ese?—repuso el interpelado—¿pero no le conoce usted?

—No, señor.

—¿Parece mentira! es un periodista; Gómez, hombre; el insigne Gómez; no hay ente más conocido en el salón de Conferencias y en los teatrillos por horas.

—¿Periodista, semejante majadero!

—Si, señor, y de punta—como dice un ex-ministro que le trata—presta sus servicios en un diario de gran circulación.

—Imposible, usted está equivocado; si dice aptitud por actitud y vice-versa, huyamos, por huyamos, tomé acta, tuvo lugar, diferencia....

—Si que lo dice; y si no fuese por los cajistas lo escribiría; pero suple su carencia de cerebro con su exceso de piés; no es un hombre, es una bicicleta; vive en *parís* no *movimiento* y *no* recibe de un consejero responsable una noticia que un puntapié; molesta á todo el mundo; está hecho á prueba de sofiones, mete las narices en todas partes, huele lo que dan á oler y lo lleva á la redacción y es útil.

—Útil puede, pero periodista nó; hay, ó yo me equivoco, gran diferencia entre un periodista y un teléfono que transmite mal las palabras que oye, sin razonarlas ni comprenderlas. En fin, será cierto; pero supongo que después de llevar las noticias se marchará á la calle mientras otros se las ponen en limpio y en castellano.

—No lo crea usted, además de recoger noticias, en lo cual *cumple* bastante bien, hace, cuando le sobra tiempo, revistas de teatros y críticas de libros, y es casi, casi una autoridad.

—¿Escribirá muchas barbaridades?

—¡Infinitas! Pero el público no se entera la mayor parte de las veces y los compañeros de redacción tampoco. Y luego es duro como un diablo. El otro día, vió—presumo que por primera vez—*El Alcalde de Zalamea* y escribió lo siguiente:

«En la obra, que tiene algunas escenas notables, se ven todas las inexperiencias de un autor novel; efectismo, solo efectismo; véase á qué extremo nos conduce la pernicioso y funesta escuela del Sr. Echegaray.»

—¿Y no le echaron á puntapiés de la redacción?

—No, señor; si por eso se echara á la gente se quedaban desiertas las redac-

ciones en tres minutos.

Después de esta conferencia, comprendiendo que es muy justo que semejantes cosas ocurran y que tales seres prosperen, saludo á Gómez respetuosamente acaso andando el tiempo tenga que jugar una obra mia y no es cosa de entremistarse con él.

Joaquín Dicenta.

(Prohibida la reproducción)

LA NUEVA INSULA

III.

Acaba la cuesta

Siguieron subiendo la fatigosa cuesta, y al poco trecho vieron un carro que cargado de sacas de harina estaba volcado sobre un bache y en el que varios carreteros sudaban la gota gorda para ver de enderezarlo y más allá otros cuatro ó cinco vehiculos cargados y parados.

—Aquí has de ver tú, job Sancho! la más feneñenal de las aventuras que caballero en el mundo tuvo. ¿Ves aquel gigante que tira fuertemente de aquella hidra de cinco cabezas? ¿Ves aquel enano que lleva al hombro la flamigera espada de Ratablante el del pecho de oso? ¿Ves aquel caballero de bigotes de acerados pinchos? ¿Ves aquella dolorida y esforzada dama que en contra de su voluntad llevan? ¿Ves aquella horda de encantadores entre los que descuella el gran *apartado con sayas barbas* arranca los árboles y hace naufragar las galeras? pues con todos esos he de batallar y deshacer el desaguisado que le hubieren fecho á aquella hermosa doncella.

—Mire señor caballero, que es lo que va á hacer, que esos no son gigantes ni encantadores; ¡pese á mi ánima! si no unos carreros que ayudan á un compañero á levantar el carro y esa dama no es otra que una dama-juana de guardar vino y mire lo que hace, que eso es tentar á Dios y....

Mientras Sancho le daba estas razones, D. Quijote se afirmó en la silla, embrazó la adarga, enristró su lanza y poniendo á Rocinante á un trote sostenido y fatigoso por lo empinado de la cuesta les dijo á grandes voces:

—Deteneos canalla, soltad á esa dama, porque si nó *¡sereis conmigo todos en estupenda y jamás oida batalla!*

Los carreros que esto oían y miraban con sorpresa la actitud de D. Quijote, se sobre saltaron un tanto; pero uno de ellos más animoso que sus compañeros le dijo:

—Bien podía usted, señorico, en vez de *fallarnos, echar una mano al cubo de esta rueda* y ayudar á que levantemos este carro.

—Ya os lo diré yo D. hi de villano—dijo D. Quijote,—y arremetiendo con él le amagó un bote de lanza tan formidable, que si no se apartara, lo pasaria de parte á parte.

Uno de los carreros que vió tratar á su compañero de aquella manera, echó

mano á un roncal y dió con él tan terrible cordelazo en las quijadas á D. Quijote, que mal de su grado le hizo venir al suelo, en el cual entre él y sus compañeros le dieron una vuelta tal de coces, que lo dejaron como muerto.

Sancho que llegaba, les suplicó que le dejaran. Así lo hicieron, no sin soltar algunos ternos de los que tienen por costumbre y se volvieron á la tarea de levantar su carro.

El triste escudero, levantó como pudo á su señor, lo atravesó sobre Rocinante que cojin cojeando prosiguió el camino, hasta llegar á la venta denominada de los Casarejos.



Fray Tinieblas.



EN LAS VENTAS

—Lola, no me desesperes.
—Manolo, si eres muy bruto.
—Mí que te tomo la cara.
—De boca.
—¡Lolal!
—¡Só chulol!
—Me perdí.
—Paga, no pagas?
No sabes más que hablar mucho, y luego...
—Lolilla,
que se me arben los humos y ya sabes que te aprecio...
—Sí, ¿sacudirme el bulto?
—Pero van adá só... indigna:
¿No tango razón?
—Lo dudo.
—¿No te he visto ayer con Paco de brazos, así de juntos?
—Tú, crees que está bien, mujer, que así te hayas dado al mundo sin atender á razones?
—¿Quizás mandes tú en mi gusto?
—No mandaré, pero...
—Acaba.
—Puedo hacer que ese abichucho de Pacorro dé más vueltas que un plumón.
—Lo difícilto:
por que él no es narra.
—¿Y yo?
—Tú?
Tú no tienes sangre en junto ni llenar un canutero.
—¡Lolillal!
—¡Chulol!
—¡Me jundo!
Ya se acabó la paciencia, la carma y...
—¿Qué?
—Que... me es- (curro,
por no hablar con quien no sabe tené vergüenza...
—¡Ay, que chusco... si él tendrá lachal!
—Ea verdt.
Pero tengo medio duro pa allramuses y... ¡adiós, Lolal!
—Oye, manolo, un minuto.
—¿Qué me quieres?
—¿Has tomao mis palabras por insultos?
—No que nó.
—¿Si han sido en bromal?
—No te quiero yo á tí mucho!
—¿De veras?
—Más que á las niñas

de estos *clisos* que son tuyos.

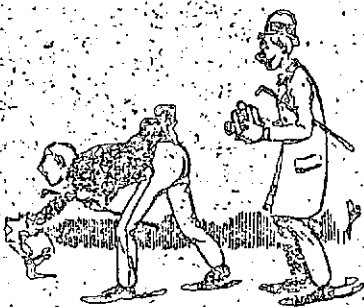
—¡Ole yá! Venga un abraso y al *demonche* los *dijustos* ¡¡Patronal! Póngame osté gloria, que la paga un *moso crúol*

Ramón Blasco.

FOTOMANIA

(Dibujos de Escachis. Fotografados de Laporta.)

—¿No es usted fotógrafo?
—¿No?
—¿Por qué?
—Muy mal hecho?
—Por un puñado de pesetas puede usted tomar la vista del Vesubio, si vá usted á Nápoles, y las orillas del Manzanares, si baja usted al río.
—Así se anuncia ya.
Ha sonado la hora de la fotografía universal.
—¿Quién no tiene una cámara?
En varias naciones tenemos dós.
La de los pares y la de los nones; la de los lores y la de los Comunes, el Senado y el Congreso y el Circo de Colón.
La fotografía es á un tiempo distracción honesta y sin perjuicio de tercero, aunque no tan honesta como la de chuparse el dedo; ni tan primitiva, por supuesto.
En el campo es ya una necesidad la fotografía.
El paseante inofensivo, si bien poético, el observador, el filósofo, el artista pictórico necesitan el aparato, si han de pasar por personas ilustradas.
—¿Qué significa ilustrado?
Con monos.
La fotografía viene á llenar un vacío.
Como decía un ministro de Hacienda, al tomar posesion, y dirigiéndose á sus subordinados.
—Señores, venga á llenar un vacío.
Y así era en verdad; que llenó más de uno en poco tiempo.
La afición al difícil ejercicio de la fotografía cunde en proporciones alarmantes. Familias tenidas hasta ahora por de bien resultan complicadas.
—No se puede confiar ni aún en los amigos íntimos; que del que menos se teme, se sabe que toma vistas de afición.
—Mi niña es una especialidad para sacar vistas!
—me decía un caballero.
—Ya se la presentaré á V.
—No, por Dios, preséntela Vd. á un tuerto, por ejemplo, que al fin tiene menos que perder.
—En este álbum encontrará usted pruebas verdaderamente artísticas.
En efecto; había pruebas notables. Pájaros con ramas, y árboles con alas; borregos, como casetas de peón caminero, y en cambio, algun caballo faldero, como algunos perros insignificantes.
En otro tiempo había tomadores y timadores de relojes y de bolsillos.
Ahora hay uno y otro, pero de fisonomías.
Esto sin perjuicio de los anteriores, por supuesto.
El indefenso transeunte se vé sorprendido alevosamente por una máquina fotográfica, encargada de divulgar después las gracias de aquel ser, hasta entonces anónimo.
Desde el balcón, desde el portal, en la calle misma le acecha el profesor de fotografía instantánea y civil, ó los profesores.
—Porque no suele ser uno; sino varios.
El procedimiento ha de ocasionar graves



disgustos.

—¿Quién sabe si conflictos internacionales?
Por instinto huyo de cuantos sujetos me parecen sospechosos de artista en fotografía andante.

Creo que si me retrato ha de ocurrirme alguna desgracia ó que me quite proporciones matrimoniales ventajosas.

—Pero no hay momento seguro.

—En las cajas de cerrillas encontré hace algunos años el retrato ó la *vera esbrija* de *Sentimientos*, mi querido amigo.

Este honor inmerecido que no ha disfrutado uno siquiera de los que pedesciben de toros, le ocasionó una enfermedad.

Se le encontró la modestia, como á otros chicos del *Puff Club*.

Había pintado el artista un gitano con dos *patiyas* como dos chuletas de horma torcida.



Pero el auténtico, el legítimo *Sentimientos* yace invisible, ocultando sus gracias públicamente en el misterio.

El príncipe heredero de Grecia viaja con precauciones, temeroso de que le retraten por sorpresa sus compañeros de viaje.

Guatemala y en el buque que conduce á S. A. como a un simple griego común, llevan máquina fotográfica.

Todos esperan con ansiedad, sorprenden al príncipe.

No hay tranquilidad en el hogar. Las familias y los monumentos están á merced del *objetivo* de un principiante.

Hasta los príncipes griegos, y aun los que no somos griegos, ni siquiera príncipes, vivimos á merced de cualquiera.

—¿Será usted capaz de negarme su retrato?

Así me escribía un apreciable editor. Parecía la queja más de una novia, que de un editor.

Con que yo le respondí:
«Entiendo que soy un ingrato, pero esto no impide que continúe sin otorgarle copia ni la reproducción de *mi físico*».

En paseos y en teatros, no hay muchacha segura contra esos fotógrafos de caña.

Hay plaga.
Cuando más descuidada está una *chica*... la reproducen.

Y qué consecuencias puede acarrear á las familias la libertad de tomar *el físico*!

Es horrible!
¡No poder uno morir virgen é incógnito!

Eduardo de Palacio.



¿TU QUOQUE...?

Con pretexto de tributar algunas *desinteresadas* alabanzas al ilustre Obispo de esta diócesis, alabanzas de que no necesita, ciertamente, el venerable Prelado, estampa la mística *Paz* en sus columnas frases tan *causticas* y *sabrosas* como las que á continuación sub-rayamos:

«Sólo él, expuesto (alude al Prelado), con la valentía que infunde el fuego de la

caridad, la verdad y justicias de nuestras quejas (1) y aunque sus peticiones no hayan hecho eco en los que obran únicamente por miserables oiles y rastreras...

Frases muy dignas, muy cristianas y muy propias de un semanario que proclama la paz de los hombres en la tierra. Y que se apellida á secas «católico.» Y.... manso.

El mismo periódico se arranca y dice en su número 21, que «sabe»...

¡Oh, «sabe» mucho esta Paz! Como desde que publicó el *gabrupto* del pedestre Dr. Atiza, de tanto saber, sabe ya á... calabaza.

Pues como iba diciendo, el colega y vecino dice que «sabe» que LA LINTERNA proyecta poca luz, «circunstancia que no permite á sus redactores alcanzar á saber leer lo que ella escribe.»

¡Ole! También es modesto ese colega sabio.

¡Si estará esa sabiduría en las cartas á El Grillo?

Es mucha la autoridad y sobre todo la competencia de ese periódico, tan luminoso y tan simpático á la opinión, que no ha logrado reunir en la localidad más arriba de TREINTA SUSCRIPTORES.

Terminad el suelto que nos dedica, dándonos un consejo. Si, señor. ¡Pues no faltaba más sino que no se nos aconsejara algo por ese papel... sabiduría!

«Siga la Linterna...» «...mimo que indicó en su programa, y dejese de ocuparse en pequeneces que la harían ridícula.»

Ridicula? Pues, á fuer de buenos cofrades, devolvamos el consejo y digamos á la «luminosa» Paz:

No hagas más el ridículo y sigue «el camino del cielo» que te trazaste ó «aplastando Grillos» como más te plazca; pero apartate de esos deleznable intereses «terrenales» á cuya mezquina defensa empiezas á aficionarte, por que se avienen mal, pero rematadamente mal con la misión de «paz y mansedumbre» que te impusiste y con tus insulas de propagador de las sublimes enseñanzas del Crucificado.

Mira. ¡Oh Paz idolatrada! que eso de ocuparte en tus columnas de basureros urbanos, ferro-carriles y carreteras, viene á ser

(1) Solo él podía hacerse eco de las quejas de La Paz, puesto que nadie lee ese periódico, á no ser dicho Sr. Obispo y algunos, muy pocos, individuos del clero.

lo mismo que si yo te presentara LA LINTERNA vestida de... mitra y báculo.

Por Dios santísimo,

¡Oh Paz querida! para ganar el cielo cambia de vida.

Aunque hacerlo te cause dolor profundo, cambia de vida, cambia, deja á este mundo.

Cantaclaro.



CORREO INTERIOR

Remonona Paz del Grillo. Señá mia y sacristana: por lo crúa y lo barbiana, ahí te mado un regalillo. Y, á falta de portador, deposito en tus buzones estos pequeños renglones para ese amigo y doctor.

(Timbre.) Buzón velezano. Entréguese en propia mano á «Atiza», doctor ramplón, en la «cuadra» ó donde se halle (No yá el número y la calle por ignorar dirección.)

En Vélez-Rubio, y también en «almas de los difuntos» (con los que yo os vea juntos á ti y á La Paz. Amén.)

Señor Doctor forastero: (O doctor ó... licenciado, debes ser, lo he sospechado, un solemne majadero.)

He leído las insulseces de tu ridícula prosa, y no hallo en limpio otra cosa que un montón de estupideces.

¡Cuidado si estás gomoso y pedante y marrullero y barbían y sandunguero, y, sobre todo, chistoso! con lo de «ideas cuadradas» ó «triangulares» ó «in sólido», pero más aún, só... melón-idum, con eso de... la «cebada».

¡Pues ignoras, ¡voto á sanes! que ese equisito bocado está sólo reservado para asnos y... sacristanes?

¿Lo ignoras, doctor... rural?.. Pues mercedes, no cuartillas, si no colmadas barchillas de ese sabroso cereal.

Conque, y acabemos pronto, (no lo tomes á desprecio)

pues presumo que eres necio, y si no necio, eres tonto. Y no te digo más nada. Desecha ese estilo vano y veta derecho al grano; es decir, á tu... cebada.

POSTDATA

De amenacillas pueriles permítete que me ría. ¡Yo curaré tu... asnería con LINTERNAS ó candeliles.

Farrote.

LINTERNAZOS

Noticia de sensación que me trasmite un vecino, que tiene (perdón) un... china enfermo del... sarapión.

El ganado de cerda... (Cuidado, no confundirlo con el ganado electoral y demás ruminantes mansos.)

El ganado de cerda—me dice el vecino susodicho—está siendo víctima en esta localidad de una de las muchas enfermedades que le acometen, conociéndose la de que se trata ahora con el nombre de mal colorado.

Pues ¡ojol señor inspector de carnes, que el asunto tiene pelos.

Como que se trata de tocino.

Lista De la ropa blanca que lleva mi hijo Crispín, estudiante en Salamanca. Lo primero, un calcetín, y después... aquí dá fin la lista de ropa blanca que lleva mi hijo Crispín, estudiante en Salamanca.

Mutatis mutandis, como diría el sangunero «Dr. Atiza» este es susodicho por otros algunos: términos de la copia anterior, vendría á resultar el siguiente concepto, que recomiendo á todos los que están en disposición de ser ediles en un plazo más ó menos largo:

Lista de los concejales que, previas convocatorias, acuden á las sesiones concejiles semanales: Don Frangollo Chamusquina y Don... Don... (aquí termina la lista de concejales que, previas convocatorias, acuden á las sesiones concejiles semanales.

Advertencia.—La falta de espacio y exigencias d' l ajuste, nos obligan á retirar algunos «linternazos» una crónica local y la sección de mercados, que teníamos preparadas para este número y que publicaremos desde el inmediato.

Nota.—Nuestro apreciable colega local «El Fomento» ha suspendido temporalmente su publicación. La Linterna, periódico de la misma empresa, queda en el encargo de cumplir los compromisos de administración y servir las suscripciones que aquel dejara pendientes.

Vélez-Rubio: «Tip. de «La Linterna»

¡¡ÉXITO EXTRAORDINARIO!!

LA LINTERNA

Periódico velezano, — escrito con fin muy sano — y muchísima inocencia, para tentar la paciencia — á todo el género humano.

Redacción y Administración: Pelao, 1, Vélez-Rubio.